

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO

**RAZONES
PARA VIVIR**

CUADERNO DE APUNTES IV

VIGESIMOSÉPTIMA EDICIÓN

Ediciones Sígueme
Salamanca 2004

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 1999

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

e-mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1397-5

Depósito legal: S. 57-2004

Maquetación: Isabel Martín Macías y Andrés Vaquero

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2004

DESPIERTE EL ALMA DORMIDA

«**Y**o estaba tranquilo en mi mediocridad hasta que me resultó insoportable». Leo esta frase en la autobiografía de Robert Hossein, el cineasta francés, y me pregunto a mí mismo si esto de la mediocridad no será la mayor lacra de la Humanidad, de la que decía Ortega y Gasset que lo único que tiene de excelente es esa hache mayúscula con que la decoramos tipográficamente. ¿No es inevitable ser mediocre? ¿No tiene todo hombre clavada en la carne esa tendencia a vivir dormido tres cuartas partes de su vida?

No me refiero a aquella «aurea mediocritas» de la que hablaba Horacio, de ese no tener muchos deseos y contentarse con lo que se posee. Hablo de la mediocridad de alma, de esa terrible tentación de rutina y vulgaridad que nos rodea por todas partes.

Ya sé que la tensión permanente es imposible, que ni los genios lo son veinticuatro horas al día. Que con frecuencia hay que «descansar de vivir», que decía el poeta. Pero me pregunto si estos descansillos transitorios no se convertirán para muchos en una ley de vida, vuelta ésta una siesta interminable. Me pregunto si, como conclusión, no acabamos todos o casi todos los hombres siendo no seres humanos sino sólo muñones de hombres.

¿De qué mediocridad estoy hablando? De la de quienes no son ni buenos ni malos; de quienes más que vivir se limitan a dejarse vivir; de los que no tienen ilusiones, ni esperanzas y jamás

aspiran a mejorar; de cuantos rebajan todo lo grande y prefieren arrastrarse, a escalar; de quienes desprecian todo lo que no está a su alcance y embisten –como dijo Machado– contra todo lo que no entienden; de los que intelectualmente se alimentan de lugares comunes que jamás revisan; de quienes no hablan sino de tonterías; de cuantos dicen que se aburren porque se han sometido a la rutina. De todos aquellos a quienes puede aplicarse la frase más dura de toda la Biblia, aquella en la que, en el Apocalipsis, dice el Espíritu al obispo de Laodicea: «Ojalá hubieras sido frío o caliente. Pero como no has sido ni frío ni caliente, sino tibio, comenzaré a vomitarte de mi boca».

Es cierto: la mayoría de los humanos se derrumban mucho más por la cuesta de la vulgaridad que por la del mal. Muchos iniciaron su juventud llenos de sueños, proyectos, de planes, de metas que tenían que conquistar. Pero pronto vinieron los primeros fracasos o descubrieron que la cuesta de la vida plena es empinada, que la mayoría estaba tranquila en su mediocridad, y decidieron balar con los corderos.

Porque el gran riesgo de la mediocridad es que se trata de una enfermedad sin dolores, sin síntomas muy visibles. Los mediocres son o parecen, si no felices, al menos tranquilos. Y en esa especie de ciénaga tranquila interior es muy difícil que esa mediocridad llegue a hacérseles –como a Hossein– «insoportable». Con frecuencia es necesario un gran dolor para que logremos descubrir cuán mediocres somos. Y hace falta un terrible esfuerzo para salir de la mediocridad y no regresar a ella de nuevo.

Ésta ha sido para mí una vieja obsesión. Recuerdo que en la primera novela que escribí se dibujaba a un cura –en el que en realidad me pintaba no a mí, pero sí lo que yo temía llegar a ser– que, en vísperas de su muerte, descubría que no había sido ni bueno ni malo, que comprendía que no había sabido realizar ninguno de sus deseos y soñaba que, después de su muerte, era condenado por Dios a un particularísimo purgatorio: recibía un gran saco de avellanas que representaban los días de su vida y se le castigaba a abrirlas una por una: todas estaba vanas y vacías.

Solemos decir: tengo cuarenta, cincuenta, sesenta años. He vivido, por tanto, tantos miles de días, tantos millones de horas. Pero si alguien examinase una por una, ¿a cuántas quedarían reducidas? Tal vez nos sentiríamos felices si hubiéramos vivido una de cada diez. Lo demás es sueño, siesta, horas pasadas en Babia.

¡Y luego se queja el hombre de que la vida es corta: y somos nosotros los que cloroformizamos nueve de diez partes!

¿Qué sería, en cambio, una Humanidad en la que todos sus miembros aprovecharan al ciento por ciento sus energías, una Humanidad de seres creadores, despiertos, amantes?

«Recuerde el alma dormida...», nos exhortaba el poeta, porque «la muerte se viene tan callando». Pero no es lo preocupante que venga la muerte, sino que sea la vida la que se marcha «tan callando». Tan callando, mientras nosotros dormitamos a la orilla del milagro.

CONQUISTAR LA RESURRECCIÓN

En las primeras ediciones de este libro, en la portada, escribí unos versillos que tal vez desconcertaron a más de uno de sus lectores. Hablaba en ellos de que «hay que llenar nuestra vida y así dar muerte a la muerte». ¿Es que creo yo que a fuerza de vivir, de vivir a tope como ahora se dice, puede un hombre esquivar a la de la guadaña? ¿Es que creo que los «llenos» morirán «menos» o «más tarde» que los «mediocres»? Me parece que voy a tener que explicarme.

No hace mucho, en un acto juvenil, al que asistían nada menos que el papa, varios cardenales y unas docenas de obispos, un grupo de actores cantaba –seguramente para incitar a sus compañeros al compromiso social– que «Jesús tuvo que morir, pero su Padre le resucitó». Yo me quedé muy desconcertado pues, aunque entendía la buena voluntad de los cantores, aquella formulación me parecía bastante incompleta. En el credo católico no proclamamos que a Jesús «le resucitaran», sino que «resucitó», que –si se me permite la incorrección gramatical– «se resucitó a sí mismo», con su propia fuerza interior. A Jesús no «le sacaron» de la muerte, sino que «salió de ella».

Y uno se ha preguntado muchas veces por qué resucitó Jesús. Y la respuesta siempre es la misma: Porque Él era «la vida», porque estaba «tan vivo» que es imposible que la muerte hiciera presa definitiva en Él. Jesús era «el Viviente», el pleno de vida, tal vez el

único ser humano que pudo presumir de vivir plenamente «a tope». Todos los demás «semivivimos», vivimos a trozos, a rachas, vamos trampeando entre la vida y la muerte, con largos periodos de vida muerta en nuestra existencia. Pero ¿es que la condición humana da para más? ¿No será consecuencia inevitable de nuestra contingencia, de nuestro papel de criaturas, ese vivir cojeando, tartamudeando, siendo, a ratos, hombres completos y, en muchas ocasiones más, hombres a medias?

Efectivamente. Esa es nuestra naturaleza. Por eso nosotros, con nuestras solas fuerzas, jamás podremos, en rigor, darle muerte a la muerte, tendremos necesidad de que Alguien nos sostenga, nos resucite.

Y, sin embargo, el gran milagro de nuestra condición humana es que nosotros podemos «colaborar» en esa resurrección. Por de pronto podremos conseguir que la muerte no llegue antes de la muerte. Porque hay muchos hombres que, porque se han hundido en su falta de ganas de vivir, se mueren mucho antes de morir, viven muertos una buena parte de su vida y, así, cuando la muerte llega, ya no tiene nada que hacer, porque le han dado su trabajo hecho. Demasiado, ¿no? Pienso que el hombre, puesto que huir de la muerte no puede, puede al menos pelear por conseguir los máximos niveles de vida en el tiempo que le haya sido designado.

Además, amando mucho viviríamos un poco más después de muertos. Yo puedo asegurar que mi madre o mi padre viven en mí, la mitad de las cosas que yo hago son «suyas», aunque sus manos sean hoy polvo, y los grandes escritores siguen viviendo en nosotros cada vez que los leemos. Y ahora, mientras Beethoven rueda en mi tocadiscos, ¿quién negaría que él vive en su música y en mí?

Es como en los trasplantes: el muerto que dona su corazón o sus riñones, sigue latiendo y purificando la sangre en el trasplantado. Es decir: sigue viviendo en alguien. Así todo acto de amor, toda obra bien hecha y perdurable es un trasplante de alma cedida a un desconocido, pero que vive con ella y de ella.

Son pequeñas resurrecciones, lo sé. La gran resurrección es la que nos «regalarán» al otro lado. Pero ¿por qué no conseguir esas

pequeñas resurrecciones que son las que tenemos en nuestra mano?

Ea, amigos: «Hay que ir llenando el tiempo de algo que lo caliente», como dijo el poeta. Y –parodiando un poco al famoso villancico de Navidad– dejadme que os diga que «no la debemos dormir / la vida santa».

LA APUESTA DE SER HOMBRE

En nuestro lenguaje cotidiano hay cosas realmente muy llamativas, y una de ellas es esa frase tan común con la que, ante cualquier fallo de alguien, comentamos: «Eso es muy humano». Alguien hace trampas en un examen o en un concurso y decimos: «Es muy humano». Otro defrauda al fisco y explicamos: «Es humano». Un hombre celoso hace la vida imposible a su mujer, y comentario al canto: «Es muy humano». Tras un fracaso, alguien se viene abajo y se sumerge en la amargura, y le compadecemos con un «es humano». Curiosamente llamamos «humanos» sólo a nuestros vicios y carencias. Incluso, a veces, ese «humano» se convierte en sinónimo de «animal». Parecería que lo propio del hombre es lo bajo, lo caduco, lo que le aleja de las cumbres. Pero ¡si realmente lo humano es lo que nos diferencia del animal! ¡Si lo humano es la razón, la voluntad, la conciencia, el esfuerzo, la santidad! Eso es lo verdaderamente humano.

Humana es la inteligencia que hace del hombre un permanente buscador de la verdad, un ser ansioso de claridad, un alma hambrienta de profundidad.

Humana es la voluntad, el coraje, el afán de luchar, el saber sobreponerse a la desgracia, la capacidad para esperar contra toda esperanza.

Humana es la conciencia que nos impide engañarnos a nosotros mismos, la voz que desde dentro nos despierta para seguir escalando, la exigencia que nos impide dormirnos.

Humano es el afán de ser mejores, el saber que aún estamos a medio camino, el señalarnos como meta la perfección aunque sepamos que nunca llegaremos a la meta total.

Todo eso es lo humano. Y difícilmente llegaremos a ser verdaderos hombres si empezamos por autodisculpar nuestros errores bajo la capa de que «son humanos».

Ser hombre, es cierto, es una aventura muy ambivalente. Pascal definía al hombre como «juez de todas las cosas; estúpida lombriz de tierra, depositario de la verdad, montón de dudas; gloria y desperdicio del universo». Sí, es todo eso y mucho más. Y por eso la verdadera aventura y gloria de los humanos es, precisamente, elegir entre esas cosas, sabiendo que podemos quedarnos en aquello que decía Baroja del hombre («un ser un milímetro por encima del mono, cuando no un centímetro por debajo del cerdo»), o ser precisamente esa «gloria del universo».

Y ¿cuáles son las claves de la apuesta? Literalmente: apostar por lo que el hombre tiene de animal o por lo que tiene de racional. Apostar por el egoísmo o la generosidad. Elegir entre una vida vivida o una vida arrastrada. Optar entre vivir despierto o vegetar. Empeñarse en realizar nuestros mejores sueños o masticar nuestros peores deseos. Pasar los años envejeciendo, pero sin madurar, o esforzarnos por madurar sin envejecer. Saber que –como decía A. Dumas– «el hombre nace sin dientes, sin cabello y sin ilusiones, y los más mueren sin dientes, sin cabello y sin ilusiones», o levantar tercamente la bandera de las ilusiones y saber que podremos perder todo menos el entusiasmo.

Y lo grave del asunto es que todo hombre tiene que hacer esas opciones y que cada uno tiene que hacer la propia, sin buscarse disculpas en que el mundo o las circunstancias no le dejaron.

Vivir, efectivamente, es apostar y mantener la apuesta. No apostar y dejar la apuesta en la primera esquina es, simplemente, morir antes de tiempo.

San Agustín, para ofrecer a los humanos el mejor de los piropos, decía que el hombre es «capax Dei», «capaz de Dios». Y efectivamente, lo que define el tamaño del alma es el ser «capaz de».

Capaz nada menos que de Dios, pero también capaz de un vacío que, precisamente por esa grandeza, sería casi infinito. ¿Hay en el universo tragedia mayor que un alma que se muere sin llegar a existir? ¿Qué aullidos no dará la naturaleza cada vez que se la obliga a prostituirse de necesidad y vacío? ¿Es tanto lo que podemos ganar! ¿Tanto lo que podemos perder! Me asusta ser hombre. Me entusiasma y me asusta. A lo que no estoy dispuesto es a engañarme, a pensar que esto es un jueguito sin importancia, que los años son unas fichas de cartón que nos dieron para ir entreteniéndonos mientras cae la tarde.

SER LUZ PARA LOS DEMÁS

Con la muerte del poeta cubano Nicolás Guillén ha venido a mi memoria una coplilla suya que siempre me pareció un programa de vida formidable que ya me gustaría a mí haber realizado en mis años:

*Ardió el sol en mis manos,
que es mucho decir;
ardió el sol en mis manos
y lo repartí,
que es mucho decir.*

Efectivamente, es mucho poder decir de un ser humano que ha logrado esa doble maravilla: que el sol arda en sus manos y que haya sabido repartirlo. No sé cuál de las dos hazañas es más prodigiosa.

Naturalmente, cuando hablamos de que a alguien le arde el sol en las manos lo que estamos diciendo es que tiene la vida llena, radiante, que sus años han sido luminosos como antorchas, que tuvo una gran ilusión que dio sentido a sus horas, que estuvo vivo, en suma. Una gran hazaña, como digo. Porque, desgraciadamente, los más de los humanos pasan por la tierra apagados, sin tener nada que dar ni que decir, con sus almas como candiles sin luz. Sólo los santos, los genios, los grandes amantes, tienen el sol en las manos. Son personas que, cuando pasan a nuestro lado, dejan un

rastró en nuestro recuerdo, en nuestras vidas. Porque tienen luz, porque sus almas están llenas y despiertas.

¿Y por qué ellos tienen luz y la mayoría no? No, desde luego, por instinto ni por nacimiento. Sólo tiene luz el que ha ido recogiendo, cultivándola. La luz, la belleza, están en el mundo, pero hay que ir sabiendo recogerlas. Y hay que empezar por tener las manos abiertas y no como los egoístas, cerradas, empuñadas. Todo el que tiene la luz en sus manos la tiene por su mérito y esfuerzo. Y, naturalmente, no se conquista en un solo día: se van acumulando trozos de luz, pedacitos de amor. El alma sólo brilla después de muchos años de esfuerzo de recogida. ¡Pero qué milagro morir con el alma encendida! «Es mucho decir», como canta el poeta.

Pero el milagro dos es saber repartir esa luz. La luz es algo que, por su propia naturaleza, es para compartir y repartir. No se da a los hombres para meterla bajo el celemín, sino para ponerla sobre el candelero y que alumbré a todos los de la casa y del mundo. A nadie se le da el alma para sí solo. Aunque haya muchísimas personas que se mueren sin haber llegado a descubrir esta enorme verdad. Estos son los genios malogrados, doblemente más tristes que los que tienen almas apagadas. Porque, ¿hay algo más absurdo que tener una vida llena y creerse que se tiene para chupetearla privadamente como un helado? Los que son pobres (pobres de alma) y egoístas, son más pobres que malos. Los ricos (ricos de alma) y egoístas, éstos son la misma esterilidad.

Hay que repetir esto hasta que se entienda: la fraternidad, el amor, la entrega, no son cosas añadidas para que un hombre sea santo o perfecto. Son la sustancia del hombre. El hombre como individuo solitario no es hombre del todo. El hombre es hombre cuando vive en comunidad y para la comunidad. Cuando sirve a alguien. Cuando ama a alguien. Entonces es cuando nace como ser humano.

Goethe lo explicó con una frase definitiva: «Sólo entre todos los hombres llega a ser vivido lo humano». Es decir: ninguno de nosotros agota por sí solo la condición humana. Juntos, sí. Abiertos, sí. La luz del alma sólo es luz cuando es repartida, compartida.

Tillich, el teólogo, también lo explicó muy bien: «En el mundo sólo existimos en virtud de la comunidad de hombres. Y sólo podemos descubrir nuestra alma mediante el espejo de quienes nos observen. No existe ninguna profundidad en la vida sin la profundidad del bien común».

Los genios son genios no por lo que producen, sino por lo que proyectan, por lo que reparten. Un genio no es un hombre que tiene el alma muy grande, sino un hombre de cuya alma podemos alimentarnos. En los santos la cosa es aún más clara: son santos porque no se reservaron para sí, sino que se entregaron a todos cuantos les rodeaban.

Por eso, qué bien si, como dice el poeta, pudieran decir de nosotros que teníamos el sol en nuestras manos y que nos dedicamos a repartirlo a rebanadas. Entonces habríamos estado verdaderamente vivos.

SÓLO UN PASO

Hay un pequeño poema-oración del cardenal Newman que me voy a permitir copiar aquí y ahora para mis lectores:

*Guíame, luz bondadosa,
las tinieblas me rodean,
guíame hacia adelante.
La noche es densa,
me encuentro lejos del hogar,
guíame hacia adelante.
Protégeme al caminar,
no te pido ver claro el futuro,
sólo un paso, aquí y ahora.*

«Sólo un paso». ¿Por qué será que esta oración me recuerda tanto el Padrenuestro? Siempre me ha maravillado que Jesús, cuando enseñó a rezar a sus discípulos, les invitara a pedirle a Dios sólo «el pan para hoy», como dice el texto original. No que les resuelva para siempre sus problemas. No que llene sus graneros. Sólo el pan para hoy, estrictamente para hoy.

Y no es, como decía el humorista, que no pidamos el pan para más días porque se nos pondría duro, sino que Dios quiere que nos acostumbremos a vivir en sus manos, dejados a su providencia,

abandonados de tal modo que no soñemos en almacenar seguridad, virtud, perfección, sino que le pidamos sólo la ración para hoy, seguros de que mañana nos dará la de mañana. Dios sabe que, si tuviéramos todo resuelto para meses, para años, nos acostumbraríamos a pensar que no le necesitamos, que eso que hay en el granero es «nuestro». Basta, pues, el pan para hoy.

Como basta un poco de luz para dar ese paso que hoy tenemos que dar. Sería mucho más bonito, más tranquilizador, que nos hiciera «ver claro el futuro». Pero, en realidad, eso no es necesario: basta la luz para hoy, para el paso de hoy.

Todo esto que estoy diciendo del campo del sobrenatural me parece que también es aplicable a todos los de la vida humana.

La mayoría de los humanos vive entre tinieblas. ¿Qué sentido tiene su vida? ¿Será corta, larga? ¿Por qué el dolor? ¿Por qué tanto sufrimiento en este mundo? ¿Y todo no tendrá más desenlace —más desaguadero, más bien— que la muerte? La noche de la Humanidad es densa. Y daríamos todo por ver claro nuestro futuro. Si Dios nos explicara que nuestros dolores van a servir para algo, sufriríamos más serenamente. Si Dios nos aclarara cómo será de feliz nuestro matrimonio, qué será de nuestros hijos, cuánto durará nuestra aventura sobre la tierra...

Pero éstas son preguntas que nadie nos contesta. Y son muchos los que, entonces, se acobardan, se enroscan en su propia alma y ya no se atreven a caminar.

Es un error. Porque para caminar basta la luz para hoy y la confianza para mañana. El hombre debe caminar porque ésa es su obligación, ir adelante porque ése es el deber. Y debe hacerlo tanto si tiene luz como si no la tiene. En todo caso, le basta con tener la luz para el paso de hoy. ¡Y ay del que, por miedo a no tener luz mañana, deje de dar el paso de hoy: se está autocondenando a la muerte!

Desgraciadamente son en el mundo muchos más los que temen el futuro que los que viven con coraje el presente. A la gente le encanta lo que yo llamo «sufrir por hipótesis»: ¿Y si me quedo sin trabajo? ¿Y, si...? Y tanto se angustian por lo que podría pasar-

les –y que, luego, normalmente no les pasa nunca– que antes de que lleguen los dolores ya los han sufrido una docena de veces.

El hombre –pienso yo– debe, desde luego, hacerse planes de futuro, porque sin ellos difícilmente se construye, pero, después, dedicarse apasionadamente a dar los pasos de hoy, confiando en que mañana volverá a tener unos nuevos centímetros de coraje para seguir luchando.

Un paso, sólo un paso. No construye una catedral más que el que pone una o dos piedras cada día. No se ama todo de golpe: cada día tiene su pequeño amor. Y sólo con muchos pequeños pasos de pequeño amor se logra atravesar la noche.

BIENVENIDO A ESTE MUNDO, PEQUEÑO

Cuando escribo estas líneas acabas de llegar a este mundo, pequeño. Y yo pienso que ningún otro humano en este siglo ha merecido tanto la bienvenida como tú. Hoy, los periódicos publican tu fotografía: acurrucadito en tu cuna, arrugada la pequeña nariz, pegados los ojos, apretados los puños como si con ello tuvieras que sujetar bien esa vida que te ha costado tanto y que alguien te quiso arrebatarse antes de nacer. Hace cinco meses –exactamente el 22 de noviembre– una bomba asesina colocada junto a un cuartel de la Guardia Civil, no contaba con que, a aquellas horas de la madrugada, pasarías tú, dulcemente embutido en el seno abombado de tu madre. ¿Llegaste a enterarte de lo que aquella noche pasó? Los científicos aseguran que, a los cuatro meses, toda la sensibilidad de las criaturas en gestación está ya plenamente despierta. Lloráis, reís, soñáis, ¿Supiste tú que aquella explosión había segado para siempre la vida de tu hermano Luis –¡cuánto habría gozado viéndote hoy nacer!– y ponía en gravísimo peligro la de tu madre y la tuya propia?

¡Qué bien estabas aquella noche en aquel seno caliente! Es verdad que toda la ciencia de todos los siglos no ha logrado fabricar algo que, ni de lejos, se parezca a un seno materno. Allí te sentías caliente, protegido, seguro. ¿Seguro? En la oscura tiniebla interior, entre las rojas almohadas, no había amenazas. Sólo amor. Tu madre te alimentaba con su sangre. Te acariciaba con sus sueños. Ella y tu padre sabían que tú eras e ibas a ser lo mejor de sus vidas. Ninguna amenaza, pues, contra ti en este mundo en el que –¡ay!– no todos los pequeños de tu edad están seguros contra el egoísmo y el bisturí. Y

si es que dentro se sueña, soñabas tal vez en un mundo milagroso que te esperaba, porque, sin duda, desde el seno materno el mundo debe de oler a paraíso, a jardines y pájaros.

Y en la serena noche llegó el espanto. Tus asesinos –porque fueron asesinos aunque no lograsen matarte a ti– estaban cobardemente agazapados esperando que el coche de tu padre pasara por aquella calle para tronchar tu carne, como de hecho hicieron con tu hermano Luis. ¿Qué daño les habías hecho? ¿Qué tenían aquellos hombres (?) contra los dos añitos de tu hermano y los cinco meses tuyos? ¿Eras su «enemigo»? ¿Ponías tú en peligro sus vidas, sus ideas o su libertad?

Estalló la bomba y vuestro coche fue lanzado por los aires contra los otros coches que pasaban. La metralla –que no tiene más conciencia que quienes la utilizan– traspasó cristales y carrocería y allí se encontró con los cuerpos de tu hermano y de tu madre y salvajemente los destrozó. ¿Y tú? Tú, a quien tanto habían mimado en aquellos cinco meses anteriores; tú, que eras tan sagrado para tu madre que, para protegerte, ni a coger peso se atrevía; tú, soñado, deseado, esperado. ¿Qué experimentaste cuando te lanzaron, sacudieron, golpearon contra los asientos dentro de tu madre malherida? ¿Te enteraste de algo? ¿Descubriste, por primera vez, que en este mundo los hombres se empujan, se golpean, se hieren, se acuchillan?

En el sanatorio temieron por tu vida más incluso que por la de tu madre. ¿Cómo tú, tan débil, tan inerme, podrías soportar el golpe de aquella salvajada? Nadie sospechaba entonces que tú pudieras ser tan fuerte como un acorazado. La carne de tu madre fue tu blindaje, tu defensa, Las madres –ya lo irás descubriendo más tarde– están asombrosamente bien hechas. No existe en el mundo coraza más fuerte que su amor. Y gracias a ello salvaste esa vida que tan pronto querían arrebatarle.

Por eso tú, pequeño, me pareces hoy la mejor bandera de esperanza del mundo. Si tú, diminuto, eres más fuerte que los violentos, es señal de que en el mundo el bien tiene algunas posibilidades de vencer. ¿Y cómo vamos a rendirnos nosotros ante los desalmados si tú tuviste ya tanto coraje, incluso antes de nacer? ¿Qué canto a la

fuerza de la vida tu carne! ¡Qué relámpago amarillo nos llega desde arriba a través de tus ojos! Ya sé que tu vida vino acompañada por la muerte de tu hermano Luis y sé que ni tú –tan milagroso– eres capaz de «contrapesar» aquella muerte. Nadie suple a nadie. Pero tú traes tanta vida que parece ser muy superior a todas las muertes.

¿Sabes? Me gustaría que hoy tus asesinos pudieran ver tu foto en los periódicos o, mejor, que pudieran acercarse a tu cuna. Y que, ante tu cuerpo sagrado, se preguntasen si puede haber algo más importante, más solemne, que tu pequeña carne dormida. Estoy seguro de que, ante tus puñitos apretados, se les caería el alma. Si es que la tienen.

Pero ahora tengo yo también que confesarte que hay algo que me aterra: lo que tú vas a pensar de este mundo cuando puedan contarte lo que aquella noche ocurrió, cuando te expliquen cómo y por qué tú eres un hijo del milagro. Tardarás seguramente muchos años en saberlo. Y a lo mejor sería preferible que no lo supieras nunca. Pero, inevitablemente, lo sabrás: tu historia es demasiado importante para que te la hurten. Y entonces, cuando con doce o trece años, empieces a ser capaz de entender lo ocurrido, ¿qué pensarás de la raza humana que puede recibir así, con metralla, a un hijo de Dios, a un pequeño miembro de su progenie?

Yo quiero pedirte, suplicarte, pequeño, que entonces no nos odies. Que trates de entender, si es que puedes, que la violencia es parte de nuestra historia; que en algún rincón de nuestros corazones hay una zona podrida; que hay entre nosotros quienes todavía prefieren la locura de las ideas a una vida como la tuya; que los demás –los que nos atrevemos a llamarnos buenos y no violentos– aún no hemos aprendido ni las primeras letras del alfabeto del amor. Esto es ser hombre, muchacho. Esta tristeza. Perdónanos por ello, si puedes, pequeño. Y lucha obstinadamente por ser feliz, porque nadie tiene tanto derecho como tú a serlo. Tal vez entonces entiendas por qué experimentamos a la vez tanta alegría y tanta vergüenza al darte hoy la bienvenida a este mundo que apenas merece aun llamarse humano.

NDICE

	<i>Introducción</i>	11
1	Despierte el alma dormida	15
2	Conquistar la resurrección	18
3	La apuesta de ser hombre	21
4	Ser luz para los demás	24
5	Sólo un paso	27
6	Bienvenido a este mundo, pequeño	30
7	Matar con los ojos	33
8	Los dos tribunales	35
9	Las tres plenitudes	37
10	La puerta de la verdad	39
11	La oca de Nieves	41
12	El riesgo	43
13	Martirio a plazos	45
14	El arte de criticar	47
15	Detrás de las estrellas	53
16	El tutor	55
17	El ladrillo	57
18	Aprender a equivocarse	59
19	Gente encantadora	61
20	El caballo estaba dentro	63
21	La catedral abandonada	65
22	Demetrio, el monje	67
23	Veinticuatro maneras de amar	69
24	Libertad y obediencia	71
25	El imán y el hierro	75
26	¿Electricista o poeta?	77
27	Regalar la sombra	79
28	El novicio sediento	81
29	La verdad es sinfónica	83

30	Basta una cebolla	85
31	Gente positiva	87
32	Tener razón	89
33	Un amigo fiel	91
34	Juventud sin mañana	93
35	El arte de dar lo que no se tiene	95
36	El mal del mundo	97
37	Los padres ancianos	99
38	Oración para pedir el buen humor	101
39	Los tres corazones	103
40	El sol de la vejez	105
41	Elogio de las bibliotecas	107
42	Tirarse los platos	110
43	Los hombres-bonsái	113
44	La soledad de los niños	116
45	Rebeldes de pacotilla	119
46	Dios en el ascensor	122
47	¿Es rentable ser buenos?	125
48	Lo más precioso e importante	128
49	Una madre cansada	131
50	La monja gitana	134
51	San Martínez	137
52	Tolerancia y fanatismo	140
53	La música y el paraíso perdido	143
54	Gente aburrida	146
55	Bajar del éxtasis	149
56	Elogio del trabajo	152
57	La conciencia y el capricho	155
58	Hacer lo que se puede	158
59	Operación confianza	161
60	Derriba tus muros	164
61	Salvo en la casa de mi madre	167
62	Marcapasos del alma	170
63	La carcoma de la envidia	173
64	Las lentejas del hermano Rafael	176
65	El riñón del prójimo	179
66	«Cuando llega el arrabal de senectud»	182
67	Saber reírse	185
68	Silencio sobre lo esencial	188
69	Un vacío imposible de llenar	191
70	Peor que la muerte	194
71	Cambiar de camino, no de alma	197
72	Un niño retrasado	200
73	Época de transición	203
74	Echarle una mano a Dios	206

75	Las tres vidas	209
76	Los pequeños detalles	212
77	Los dos rostros del dolor	214
78	El arco iris de la abuela	217
79	Cocinar como quien oficia	220
80	Los padres oprimidos	223
81	«Cuida de los niños»	226
82	Dos caramelos	227
83	¡Tonta! ¡Tonta!	229
84	El caso Rambert	231
85	Las dos primeras comuniones de Loli	233
86	Milagro en un «pub»	235
87	La dama que quería padecimientos	237
88	El castigo de ver	239
89	Un estallido de felicidad	241
90	El aplauso de las raíces	243
91	El niño que quería ser un televisor	245
92	Las dos profesoras	247
93	Gente resucitada	249
94	«Gracias, muchas gracias»	251
95	Valle de lágrimas	253
96	Sólo semillas	255
97	Las ruedas del alma	257
98	Perdón y olvido	260
99	El miedo a fracasar	263
100	Vida «light»	266
101	La santa fea	269
102	Los malentendidos	272
103	La última castañera	275
104	«Unos espárragos, si los hubiera»	278
105	Oración a María de un hijo agradecido	281
106	El «Padre nuestro» de Dios	284